

ROGER ZELAZNY  
TÚ, EL INMORTAL

SUPER  
FICTION



Una Tierra futura despoblada por la radiactividad y recorrida por mutantes que adoptan aspectos de bestias mitológicas, gobernadas desde una isla, reducida a la categoría de museo y atracción turística para los extraterrestres de Vega, que son culturalmente superiores. El inmortal Conrad Nomikós, antiguo líder de la resistencia contra los extraterrestres, recibe al embajador vegano Cort Myshtigo con el doble designio de protegerle, evitando un conflicto abierto, y de paso averiguar las consecuencias que encierra la visita de aquél para los terrestres.

Esta novela es desarrollo de la narración "... And call me Conrad", finalista del premio Nébula en 1966 y ganadora de premio Hugo del mismo año. En ella se encuentran ya todos los temas distintivos de Zelany: la obsesión de la inmortalidad, los símbolos de la mitología clásica, sobre todo mediterránea, etc.

*Para Ben Jason*

—Eres un kallikanzaros —dijo ella, inesperadamente.

Me volví del lado izquierdo y sonreí en la oscuridad.

—He dejado las pezuñas y los cuernos en la Oficina.

—Ya conoces la leyenda...

—Se titula *Nomikós*.

La busqué a tientas, la encontré.

—¿Vas a destruir el mundo esta vez?

Me eché a reír y la atraje hacia mí.

—Lo pensaré. Si ése es el único medio de que desaparezca la Tierra...

—Ya sabes que los niños nacidos aquí por Navidad tienen sangre de kallikanzaroi —me interrumpió ella—, y una vez me dijiste que tu cumpleaños...

—¡Ya lo sé!

Me llamaba la atención que estuviera bromeando sólo a medias. Conociendo algunas de las cosas con las que de vez en cuando se topa uno en los Antiguos Lugares, los Lugares Calientes, casi no cuesta trabajo creer en mitos... Como la historia de esos duendecillos que se asemejan a Pan y se reúnen cada primavera para pasarse diez días aserrando el Árbol del Mundo, siendo dispersados en el último momento por el sonido de las campanas de Pascua. (*Ding-dong*, las campanas; *ñam-ñam*, los dientes; *clic-clac*, las pezuñas, etc.) Cassandra y yo no solíamos hablar de religión, política o folklore en la cama, pero..., habiendo yo nacido en estos lugares, los recuerdos están todavía frescos en cierto modo.

—Me hieres —dije, no muy en serio.

—Tú también me haces daño...

—Perdona.

La solté de nuevo y me tomé un pequeño respiro.

Al cabo de un rato, continué:

—Hace mucho, cuando no era más que un muchacho, los demás chicos solían meterse conmigo y me llamaban «Konstantin Kallikanzaros». Al hacerme mayor y más feo, dejaron de molestarme. Por lo menos no me lo decían a la cara...

—¿Konstantin? ¿Te llamabas así? Ya decía yo...

—Ahora mi nombre es Conrad, así que olvídale.

—Pero..., es que me gusta. Prefiero llamarte Konstantin en vez de Conrad.

—Si eso te hace feliz...

La luna asomó su desolado rostro por el antepecho de mi ventana, burlándose de mí. Al no poder alcanzar la luna, ni siquiera la ventana, miré hacia otra parte. La noche era fría, húmeda, neblinosa como lo es siempre aquí.

—El Comisario de Artes, Monumentos y Archivos para el planeta Tierra no se ha propuesto, ni mucho menos, echar abajo el Árbol del Mundo —dije con cierta aspereza.

—Kallikanzaros, cariño —se apresuró ella a responder—, no he querido decir eso. Pero cada año hay menos campanas, y no es siempre el deseo lo que cuenta. De alguna manera, tengo el presentimiento de que tú has de cambiar las cosas. Quizá...

—Te equivocas, Cassandra...

—Y tengo miedo, frío también.

Era maravillosa en la oscuridad, y la volví a tomar en mis brazos, como para protegerla de aquel rocío y aquella niebla tan densa...

Al tratar de reconstruir los acontecimientos de los últimos seis meses, me doy cuenta ahora de que, mientras nosotros levantábamos muros de pasión en torno a nuestro octubre y la isla de Kos, la Tierra había caído ya en manos de aquellos poderes aniquiladores de todos los Octubres.

Dirigidas desde dentro y fuera, las fuerzas de la destrucción definitiva avanzaban ya, a paso de ganso, entre las ruinas... Implacables, sin rostro, con los brazos en alto. Cort Myshtigo aterrizó en Port-au-Prince tras un viaje en el «Autobús Solar Nueve», que le trajo desde Titán junto con todo un cargamento de camisas y zapatos, ropa interior, calcetines, vinos variados, medicinas y las últimas grabaciones de la civilización. Hombre rico e influyente, ese periodista galáctico. Hasta dónde llegaba su riqueza, tardaríamos muchas semanas en descubrirlo; hasta qué punto era influyente, me enteré sólo hace cinco días.

Paseando entre los abandonados olivares, abriéndonos camino por entre las ruinas de un castillo franco, o mezclando nuestras huellas con el rastro jeroglífico de las gaviotas, allí, en la arena húmeda de las playas de Kos, matábamos el tiempo mientras esperábamos un rescate que no podía llegar, que nunca, en realidad, debíamos haber esperado.

El cabello de Cassandra es brillante y posee el color de los olivos de Katamara. Sus manos son suaves, sus dedos cortos, delicadamente ensamblados. Tiene los ojos muy negros. Sólo es unos diez centímetros más pequeña que yo, lo que confiere una gracia especial a su figura, teniendo en cuenta que yo paso del metro ochenta y cinco. Claro está que cualquier mujer resulta agraciada, distinguida y hermosa caminando a mi lado, puesto que yo no soy nada de eso: mi mejilla izquierda era por entonces un mapa de África pintado a todo color, por culpa de aquellas fungosidades que atrapé al contacto con una lona mohosa cuando volvía de desenterrar a Guggenheim para el viaje a Nueva York. Mi pelo se detiene a un dedo de las cejas, y mis ojos son desiguales (cuando quiero intimidar a las personas, les clavo la mirada utilizando el ojo derecho, azul y frío, reservando el otro, de color castaño, para las miradas «francas y honradas»). Además llevo una bota reforzada, debido a mi pierna derecha, más corta que su compañera.

Verdad es que Cassandra no necesita de contrastes. Es hermosa.

La encontré por casualidad, la perseguí desesperadamente, me casé con ella a la fuerza (esto último fue idea suya). En realidad, no era ése mi propósito, ni siquiera aquel día cuando atraqué mi caique en el puerto y la vi allí, tendida al sol como una sirena junto al plátano de Hipócrates, y decidí que la deseaba. Los kallikanzaroi nunca fuimos el tipo ideal para fundar familias. Cometí un error, una vez más.

Era aquélla una mañana clara. Iniciábamos nuestro tercer mes de vida en común. Era también mi último día en Kos... debido a una llamada recibida la tarde anterior. Todo rezumaba aún la humedad de la lluvia nocturna, y nos hallábamos sentados en el patio, bebiendo café turco y comiendo naranjas. El día comenzaba a infiltrarse por el mundo. Soplaban una brisa intermitente, húmeda, que nos ponía la carne de gallina bajo la negra armadura del suéter y disipaba el vapor de las tazas de café.

—*Rodos dactylos Aurora...* —dijo ella, señalando.

—Sí —asentí—, es cierto que sus dedos son de color de rosa, y bellos.

—Disfrutémoslo.

—Sí. Disculpa.

Terminamos el café y seguimos allí, fumando.

—Estoy fastidiado —dijo.

—Lo sé —replicó ella—, no te lo tomes tan a pecho.

—No puedo evitarlo. Tengo que irme y dejarte, y eso es lo que me fastidia.

—Sólo serán unas pocas semanas. Tú mismo lo has dicho. Luego volverás.

—Eso espero. Pero si la cosa se alarga enviaré por ti. Lo malo es que no sé por dónde andaré.

—¿Quién es Cort Myshtigo?

—Un actor vegano, periodista. Hombre importante. Quiere escribir sobre lo que ha quedado de la Tierra, y yo se lo tengo que enseñar. ¡Yo, personalmente! ¡Maldita sea!

—Alguien que se toma diez meses de vacaciones para darse a la vela no puede quejarse de exceso de trabajo.

—Yo puedo... y lo hago. Mi cargo debería ser una sinecura.

—¿Por qué?

—Principalmente porque yo lo dispuse así. Trabajé a conciencia durante veinte años para hacer de Artes, Monumentos y Archivos lo que es ahora, hasta el punto de que mis subordinados se bastaban ya para llevar por su cuenta casi todos los asuntos. A partir de entonces me dediqué a darme la buena vida, volviendo sólo de vez en cuando para firmar algún papel y haciendo lo que me daba la gana el resto del tiempo. Y ahora esto... ¡Esta humillación! ¡Obligar a todo un Comisario a que acompañe a un escritorzuelo de Vega en una gira para la que bastaría cualquier guía de segunda fila! ¡Ni que los veganos fueran dioses!

—Un momento, por favor —interrumpió ella—. ¿Has dicho veinte años? ¿Diez años?

Tocado. Sentí que se hundía algo bajo mis pies.

—Ni siquiera llegas a los treinta.

Me hundí más. Esperé. Empecé a recuperarme.

—Mmmm... Bueno... Hay algo que... Ya sabes cómo soy, no muy comunicativo... Algo de lo que no te he hablado nunca, no sé por qué... A propósito, ¿qué edad tienes tú, Cassandra?

—Veinte años.

—¡Oh! Bueno..., yo casi te los cuadruplico.

—No comprendo.

—Ni yo. Tampoco los médicos. Parece que me detuve, o algo así, entre los veinte y los treinta. ¡Y aquí estoy! Creo que... Bueno, debe de tener algo que ver con mi metabolismo particular. ¿Tiene alguna importancia para ti?

—No lo sé... Sí, creo que sí.

—No te importa mi cojera, ni mi aspecto salvaje, ni siquiera mi cara. ¿Por qué habría de importarte mi edad? A efectos prácticos, soy joven.



—Sí, pero no es lo mismo —replicó ella en un tono que no admitía discusión—. ¿Qué pasaría si nunca te hicieras viejo?

Me mordí los labios.

—Tarde o temprano tendré que envejecer.

—¿Y si ocurre tarde? No quiero hacerme más vieja que tú.

—Vivirás hasta los ciento cincuenta años. Ya conoces los tratamientos S-S. Los tendrás.

—Pero no me mantendrán joven... como tú.

—En realidad no tengo nada de joven. Nací ya viejo.

Tampoco esto dio resultado. Se echó a llorar.

—Nos quedan aún muchos años por delante. ¿Quién sabe lo que puede pasar entre tanto?

Con esto sólo conseguí que arreciara su llanto.

Siempre fui un impulsivo. De ordinario, razonar no se me da del todo mal, pero suelo hacerlo después de hablar..., con lo que echo a perder toda posibilidad de conversación sobre bases sólidas.

Ésta es una de las razones por las que dispongo de un personal competente, una buena radio y libertad para hacer lo que quiero la mayor parte del tiempo.

Pero siempre hay cosas que no pueden delegarse. Así pues, continué:

—Mira, también hay algo de Sustancia Caliente dentro de ti. Yo tardé cuarenta años en darme cuenta de que no tenía realmente esa edad. Quizá tú estés en el mismo caso. Al fin y al cabo, somos prácticamente vecinos...

—¿Sabes de otros casos como el tuyo?

—Pues...

—No, no sabes.

—No. No sé.

Recuerdo que en aquel momento tuve deseos de retroceder en el tiempo y estar aún a bordo de mi embarcación. No la grande, sino aquel viejo armatoste, el «Golden Vanitie», todavía anclado en el puerto. Recuerdo también que

deseé estar entrando de nuevo y verla allí, magnífica, como antes, por vez primera. Empezarlo todo otra vez, y decirse-lo todo desde el principio, o bien remontarme al punto de partida y callarme de una vez para siempre lo de mi edad.

Bonito sueño, pero... ¡Qué diablos!, se acabó ya la luna de miel.

Esperé hasta que hubo cesado de llorar, y de nuevo pude sentir sus ojos fijos en mí. Esperé un poco más.

—¿Qué tal te sientes? —le pregunté por fin.

—Bastante bien; gracias.

Busqué su mano, que hallé pasiva, y la sostuve en la mía, acercándola a mis labios.

—*Rodos dactylos* —susurré. Y ella dijo:

—Puede que sea una buena idea... que te vayas. Al menos por algún tiempo...

Y la brisa disipadora del humo volvió a soplar, húmeda, poniéndonos otra vez la carne de gallina y haciendo temblar su mano. O la mía, no sé cuál de las dos. Las hojas temblaban también, y caían sobre nuestras cabezas.

—¿No habrás exagerado tu edad? —preguntó ella—. ¿Quizás un poquito?

Su tono de voz sugería que lo más prudente era asentir.

—Sí —repliqué, sinceramente.

Ella me devolvió entonces la sonrisa, tranquilizada en cierto modo por mi tono cordial.

¡Uf!

Allí estábamos pues, sentados, cogidos de las manos y contemplando la aurora. A poco, sentí que tarareaba algo en voz baja. Era una canción triste, de varios siglos. Una balada. Contaba la historia de un joven luchador llamado Temocles, a quien nadie había vencido jamás. Llegó a considerarse a sí mismo el mejor luchador del mundo. Por fin, un día, subió a la cumbre de una montaña y proclamó a grandes voces su desafío. ¡Demasiado cerca de los dioses! Éstos actuaron con rapidez: al día siguiente, un joven tullido irrumpió en el pueblo cabalgando sobre los lomos chapea-

dos de un enorme perro salvaje. Ambos lucharon durante tres días y tres noches, Temocles y el muchacho. Al cuarto día el joven le rompió la espalda, dejando a Temocles tendido en el campo de batalla. Su sangre, esparcida en derredor, hizo brotar al instante esa misteriosa flor —la *strigefleur* como la llama Emmet—, esa flor vampiro, que crece sin raíces y se arrastra por las noches, ansiosa de recobrar en la sangre de sus víctimas el espíritu perdido de su campeón. Pero el alma de Temocles no está ya en la Tierra. Por eso ella debe seguir reptando, sin tregua, por siempre, en sempiterna búsqueda. Más sencillo que los dramas de Esquilo, sí, pero también nosotros éramos entonces más sencillos que antaño. Además, tampoco las cosas sucedieron exactamente así.

—¿Por qué lloras? —me preguntó ella de repente.

—Estoy pensando en la imagen del escudo de Aquiles —respondí—, y en lo terrible que es ser un animal culto... ¡Y no lloro! Son las gotas que caen de las hojas.

—Haré un poco más de café.

Me puse a lavar las tazas mientras tanto y le dije que cuidase del «Vanitie» durante mi ausencia, que lo mantuviera atracado en la cala y listo para zarpar si enviaba a buscarla. Contestó que así lo haría.

El sol se había elevado en el firmamento, y a poco llegaba hasta nosotros el sonido de un martilleo desde el taller del viejo Aldones, el fabricante de ataúdes. Los ciclaminos se despertaban y la brisa nos traía su fragancia a través de los campos. Muy alto, por encima de nuestras cabezas, cual tenebroso presagio, un murciélago-araña pasó volando hacia el continente. Sentí deseos irrefrenables de empuñar la culata de un treinta y seis, romper el silencio con el estruendo de mis disparos y verlo caer. Pero las únicas armas de fuego que tenía se hallaban a bordo del «Vanitie», me limité, pues, a observar cómo se perdía en el horizonte.

—Dicen que de hecho no proceden de la Tierra —comentó ella al verlo alejarse—, que los trajeron aquí desde

Titán para zoos y cosas por el estilo.

—Así es.

—Que lograron escaparse durante los Tres Días, volviendo a la vida salvaje, y aquí se han hecho más grandes de lo que eran en su propio mundo.

—Sí. Una vez yo vi uno de casi diez metros de envergadura.

—En cierta ocasión, un viejo tío mío me contó una historia que había oído en Atenas —recordó ella—, a propósito de un hombre que mató a uno de ellos sin ningún arma. El animal se abalanzó de repente sobre él cuando se encontraba de pie en el muelle, en el Pireo, y se lo llevó por los aires. Pero el hombre le rompió el cuello con sus propias manos. Ambos cayeron en la bahía, a unos treinta metros de la costa. El hombre sobrevivió.

—Eso fue hace mucho tiempo —dije—, antes de que el Departamento iniciara su campaña de exterminio. Entonces eran más numerosos, y más atrevidos. Ahora huyen de las ciudades.

—El hombre se llamaba Konstantin, si mal no recuerdo. ¿Podrías haber sido tú?

—Su apellido era Karaghiosis.

—¿Eres tú Karaghiosis?

—Si te empeñas en que lo sea. ¿Por qué?

—Porque después ayudó a fundar la Radpol Retornista en Atenas; y tú tienes manos muy fuertes...

—¿Eres Retornista?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo trabajo para el Departamento. No tengo opiniones políticas.

—Karaghiosis bombardeó algunos lugares habitados.

—Ya lo sé.

—¿No lo lamentas?

—No.

—En realidad no sé mucho de ti, ¿no?

—Puedes saber cuanto quieras. Pregunta. Soy bien sencillo... ¡Ahí viene mi aerotaxi!

—No oigo nada.

—Ya lo oirás.

Un momento después llegaba, deslizándose por el cielo hacia Kos y aterrizando en el espacio habilitado por mí en un extremo del patio. Me levanté y la ayudé también a ella a ponerse en pie, mientras el ronroneo del aparato se apagaba lentamente... Un aeromóvil Radson: seis metros de cascarón, todo él brillo y transparencia, con su base plana y morro achatado.

—¿Hay algo que quieras llevarte? —preguntó ella.

—Bien sabes qué, pero no puedo.

El vehículo quedó quieto y se abrió por uno de sus lados. El piloto asomó la cabeza, mirándonos con ojos bizcos.

—No sé por qué —dijo ella—, pero tengo la impresión de que vas a correr algún peligro.

—Lo dudo, Cassandra.

—Adiós, mi kallikanzaros.

—Adiós, Cassandra.

Entré en el artefacto y ascendí con él, susurrando una plegaria a Afrodita. Allá abajo, Cassandra me hacía señas con la mano. Detrás, el sol trataba de apresarnos en su red de luz. El aparato aceleró, dirigiéndose hacia el oeste. El lugar se presta a una transición suave, pero no hay que hacer ninguna. Cuatro horas de viaje de Kos a Port-au-Prince, agua gris, estrellas pálidas... y yo, furioso. ¡Cuidado con los puntos luminosos!

El salón rebosaba de gente, una gran luna tropical brillaba como si estuviera a punto de reventar, y lo que me permitía observar ambas cosas era el haber logrado, por fin, sacar a Ellen Emmet al balcón, dejando las puertas entreabiertas.

—Ya has resucitado —me saludó, esbozando una sonrisa—. Hace casi un año que te fuiste, y ni siquiera he recibido una tarjeta de cumplido desde Ceilán.

—¿Has estado enferma?

—Podía haberlo estado.

Era pequeña de estatura, y como todos los que odian la luz del día, tenía una tez pálida, tirando a cremosa. Me recordaba una compleja muñeca automática con el mecanismo defectuoso: una gracia fría, y cierta tendencia a propinar al prójimo patadas en la espinilla al menor descuido. Poseía también grandes cantidades de pelo castaño rojizo, recogido en una especie de nudo gordiano que me causaba una verdadera frustración cuando intentaba deshacerlo mentalmente. Sus ojos mudaban de color, según el capricho del dios a quien se hubiera encomendado aquel día... Ya he olvidado el que tenían en aquella ocasión, pero sí recuerdo que en el fondo, muy en el fondo, eran siempre azules. No sé lo que llevaba puesto entonces, pero conservo la imagen de un color marrón verdoso y una abundancia de tela que la envolvía casi por dos veces, dando a su figura la apariencia de un hierbajo informe: piadoso engaño del modista, a menos que estuviera encinta de nuevo, cosa que dudo.

—Bueno, que te repongas —dije—, si es que lo necesitas. No fui a Ceilán. Estuve en el Mediterráneo casi todo el tiempo.

Dentro resonaron unos aplausos. Me alegré de no estar allí. Los actores acababan de representar *La máscara de Demetrio*, de Graber, que éste había escrito en pentámetros para honrar a nuestro huésped vegano. La obra había durado dos horas, y era mala. Phil tenía cultura y buenos modales, además de poco pelo, y se le daba bien su papel, pero el día que le descubrimos por vez primera su situación económica no era precisamente la que corresponde a un poeta laureado. De tanto en tanto le atacaba la fiebre de Rabindranath Tagore y Chris Isherwood, y se ponía a escri-

bir largos y horribles poemas épico-metafísicos, hablando mucho de Iluminación; también practicaba diariamente sus ejercicios respiratorios en la playa. Aparte de eso, era un ser humano bastante decente.

Los aplausos cesaron, permitiéndome oír el tintineo de la música de *thelindra* y el rumor de las conversaciones que se reanudaban.

Ellen se recostó en la barandilla.

—Últimamente he oído rumores de que te has casado.

—Cierto —asentí—, y en cierto modo también me han cazado. ¿Por qué me han pedido que regrese?

—Pregúntaselo a tu jefe.

—Ya lo he hecho. Me dijo que voy a hacer de guía. Pero lo que quiero saber es exactamente por qué... La auténtica razón. Cuanto más pienso en ello más raro me parece.

—¿Por qué habría yo de saberlo?

—Tú lo sabes todo.

—Creo que me sobreestimas, querido... ¿Cómo es ella? Me encogí de hombros.

—Una sirena... tal vez. ¿Por qué?

También ella se encogió de hombros.

—Simple curiosidad. ¿Qué dices a la gente cuando te preguntan cómo soy yo?

—No les digo nada.

—Me ofendes. Debo parecerme a algo, a menos que sea única.

—Eso es, eres única.

—Entonces, ¿por qué no me llevaste contigo el año pasado?

—Porque a ti te gusta la gente y necesitas estar en una ciudad. Sólo podrías ser feliz aquí, en Port.

—Pero es que aquí, en Port-au-Prince, no soy feliz.

—Al menos no eres tan desgraciada como lo serías en cualquier otra parte de este planeta.

—Podríamos haber probado —dijo, y se volvió de espaldas para contemplar las luces del puerto que brillaban